

instancias que se dejase ordenar sacerdote. Pero este hombre, á quien Dios habia enaltecido tanto á los ojos de los hombres, era tan abyecto á los suyos propios, que, no pudiendo resolverse á complacerles, les decia con sentimiento de la más profunda humildad: « ¡ Ay ! hermanos míos, si el serafín que purificó los labios del profeta, á pesar de ser tan puro y abrasado en el fuego del Señor, tomó con unas tenazas el fuego que ardia ante el trono del Señor, ¿ como yo, hombre débil y miserable, me atreveré á tocar al Santo de los Santos ? » Pero si su humildad le hizo resistirse á recibir el sagrado carácter, Dios le significó en un éxtasis que era su voluntad que lo hiciese, y que consintiera en que Dionisio, obispo de Seleucia, que iba á venir á visitarle, le impusiese las manos.

En efecto, á la mañana siguiente el obispo Dionisio, acompañado de dos de sus eclesiásticos, vino al monasterio: llevado por un movimiento del Espíritu de Dios, subió á la columna, y después de abrazar cariñosamente al Santo, le hizo bajar y le confirió el sacerdocio, á pesar de las razones alegadas por su modestia. El obispo se felicitó de haber tenido la dicha de consagrarle en vaso de elección, y volvió á su iglesia con el corazón lleno de gozo. Pero no sucedió lo mismo á Simeón. Tanto como habia temido recibir el sacerdocio, tanto temia ejercer sus funciones, considerando que carecia del fervor y del amor que para ello se necesitaban, y fué preciso que, para determinarse, recibiese una orden expresa del cielo. Con esta seguridad ofreció el santo Sacrificio, al mismo tiempo que ofrecia consagrarse con más ardor al servicio del Señor. Este brillante ejemplo demuestra el profundo respeto y santa devoción con que deben los sacerdotes tratar los misterios divinos. Dice su historiador que tenia treinta y tres años cuando fué elevado al sacerdocio, es decir, dos años después de haber subido á aquella columna.

Si los frecuentes prodigios que obraba el Santo le atraian la veneración de los obispos y del pueblo, si su vida penitente y las virtudes que le adornaban eran como un prodigio continuado que le conciliaban el respeto universal, no era todo esto obstáculo para que los impíos y malvados, impulsados por el demonio, lanzasen contra él el veneno que contenian sus corazones, y se esforzasen en calumniarle como impostor, con objeto de inspirar desconfianza á las gentes sencillas. Su historiador cita algunos hechos, dos de los cuales sóloamente exponemos.

Quedaban todavía en Antioquía algunos paganos, así como ateos, astrólogos y otros impíos, como los ha habido en todos tiempos. Algunos de estos pretendidos filósofos, que sostenian las necedades de la metempsicosis, y creian que todo acaecia por la ciega fatalidad, que no sabian definir, vinieron en busca del Santo con intención de sorprenderle con sus sofismas y confundirle; pero ellos á su vez quedaron confundidos con la elocuencia que el Santo habia recibido de Dios y con la fuerza de sus milagros, y en lugar de rendirse á la evidencia que les abrumaba, se irritaron más contra él, y se propusieron vengarse, cuando encontrasen una ocasión favorable. Más esto no les sirvió sino para proporcionarse un nuevo castigo de parte del cielo. Habia caido enfermo un artista de Antioquía, y no encontrando alivio con ningún remedio humano, determinó acudir al Santo, que oró por él, y le devolvió la salud. De regreso á la ciudad, quiso manifestar su reconocimiento colocando sobre la puerta de su casa la imagen del Santo con lámparas. Apercibiéronse algunos de estos impíos, y uniéndose á otros no ménos malvados que ellos, vinieron tumultuosamente á la casa del artista, gritando como locos, y pidiendo hacer pedazos la imagen del Santo y al que allí la habia colocado. Este, dice el historiador, se hallaba ausente, y por lo tanto, pudo librarse de los insultos.

Dijeron, pues, á un soldado tan impío como ellos, que tomase una escalera y arrancase la imágen ; pero cuando tocó á ella, cayo á tierra. Subió otro á la escala, y sufrió la misma suerte. Por último, se obstinaron en que subiese otro, y también quedó tendido en tierra, lo cual no pudo ménos de producir la mofa de los cristianos que se habian reunido al oír el tumulto. Los impíos se retiraron llenos de confusión, pero no convertidos ; mientras que los buenos cristianos alabaron al Señor, y manifestaron la veneración que profesaban al Santo.

Cuando llegó lo ocurrido á noticias de éste, lejos de hacerle impresión la injuria hecha á su persona, no pensó más que en la que hacían los impíos á Dios con sus blasfemias y con la obstinación en sus errores. Acudió á su recurso ordinario de la oración, y tuvo un éxtasis, durante el cual le pareció hallarse en el palacio del emperador en Constantinopla, y que uno de los principales personajes de la corte que habia sido enviado á Oriente, entró en Antioquía, en donde vió una bestia feroz que causaba grandes destrozos, y era seguida de muchos hombres, á los cuales condenó este personaje, á excepción de uno solo.

Habiendo vuelto de esta visión, la refirió á sus discípulos, enseñándoles lo que significaba, y que pudieron comprender mejor con el suceso. Efectivamente, cuatro meses despues envió el emperador á un prefecto llamado Amancio, hombre de letras, pero tan severo como equitativo, sobre todo cuando se trataba de castigar un crimen contra la religión. Recorrió ante todo el pais de su mando, y en todas partes dió muestras de severidad, que alarmaron á los pretendidos filósofos de Antioquía, muchos de los cuales ocupaban puestos distinguidos. No dejaban de ser fundados sus temores : pues el nuevo prefecto no atendía á otra cosa que al cumplimiento de la ley, sin

guardar consideraciones á ninguna clase de personas, por elevadas que fuesen.

Hizo, pues, arrestar á todos estos filósofos : les recogió todos los libros que trataban de adivinaciones, ó que contenían impiedades contra la religión, y los hizo quemar en la plaza pública. Recogió también todos los ídolos, y los mandó colgar en las encrucijadas y lugares más céntricos, para demostrar á los paganos el desprecio con que miraba sus falsas divinidades, y la impotencia en que se hallaban para defenderse. Por último, habiéndose dirigido á su tribunal, ordenó que se le presentasen los presos, y los castigó con toda la severidad de la ley, según la gravedad de sus crímenes. Solo faltaba para que se verificase lo que habia visto el Santo en su éxtasis, que uno de los criminales fuese perdonado. Merece ser referido este hecho, por ser muy edificante.

Entre los que habian sido encarcelados por orden del prefecto, habia uno que se distinguía por sus crímenes, y por la parte activa que tomó en la sedición de que hemos hablado. No podia abrigar esperanza alguna de perdón, pues eran muy terminantes las acusaciones que contra él se hacían. Pero mientras que este desgraciado esperaba morir en los tormentos que le estaban preparados, vino un religioso á encomendarlo á las oraciones del Santo, exponiéndole como razón, que, aún cuando era muy grande su culpa, merecía que se interesase por él ; « pues encontrándose, dijo, á mi lado en la iglesia, y habiendo oído que yo pedía al Señor que me facilitase un hábito, me compró éste que llevo. También ví que encontró á un pobre, y le hizo una buena limosna, y que, habiendo abandonado una mujer á su hijo por no tener con que sustentarlo, lo tomó á su cargo lleno de compasión, y lo encomendó á una nodriza, á la cual dió dos monedas de oro, prometiéndole pagar todos los gastos ne-

cesarios para el sustento y educación de este niño. »

Conmovido el Santo con este tierno relato, oró por el criminal, y su oración fué oída. Había determinado el prefecto que este criminal fuese quemado vivo en una barca en medio del mar, y sólo esperaba este desgraciado el día en que se ejecutase la pena, cuando uno de sus colonos vino á suplicar al Santo que le dijese lo que iba á ocurrir. « No temais, contestó Simeón, no perderá ni uno solo de los cabellos de su cabeza. » Corrió al punto á la cárcel para comunicarle esta buena noticia. A la mañana siguiente hizo el prefecto que compareciese el reo, y en vez de pronunciar la sentencia de muerte, le absolvió con gran extrañeza de todos los que se hallaban presentes. El primer uso que hizo de su libertad fué visitar al Santo, á quién se reconocía deudor de ella, publicándolo así por todas partes, para que todo el mundo conociese la grandeza de su santidad y la eficacia de sus oraciones.

Acabamos de ver que Dios se valió de la justicia humana para castigar á todos los que habían insultado al Santo en su imagen. También castigó á otros que habían hablado insolentemente de él, entregándolos al demonio. Nicéforo Urano refiere muchos de estos casos, haciendo constar al mismo tiempo que el único recurso que quedaba á estos infelices era recurrir al Santo y pedirle perdón, y al punto quedaban curados con sus oraciones. Pero Dios quiso en una ocasión vengar al Santo de una manera terrible, á fin de hacer patente la protección especial que le dispensaba, y reprimir la temeridad de los que se atrevían á despreciar su virtud, y á calificar sus milagros de prestidigitaciones. Un abogado de Antioquía se desencadenaba furiosamente contra él, siempre que se le presentaba ocasión, y cuando oía referir alguno de sus milagros, lejos de reconocer el don con que Dios le había favorecido, lo atribuía á artes mágicas. Habiendo llegado á conocimiento

del Santo, encargó á uno de sus discípulos que iba á la ciudad, que le manifestase de su parte cuanto debía temer el juicio de Dios y los suplicios que están preparados á los pecadores después de esta vida. Había previsto que su consejo sería inútil, y que aquel desgraciado moriría impenitente. Obedeció el discípulo, y habiendo encontrado á Anastasio en uno de los lugares más públicos de la ciudad, se aproximó á él, y le dijo que tenía que hablarle de parte de Simeón. Queriendo Anastasio hacer alarde del desprecio con que miraba al Santo, dijo al discípulo que hablase alto y en presencia de todo el mundo. Hízolo el religioso, y cuando hubo concluido de hablar, se apoderó el demonio de Anastasio, lo arrojó á tierra, lo atormentó cruelmente, y le quitó la vida.

Además del don de profecía con que Dios le había favorecido, le dió á conocer en varias ocasiones el mal estado de conciencia de algunos de los que venían á verle, sobre todo cuando usaban de disimulo, y querían aparecer buenos, siendo así que por su hipocresía eran doblemente odiosos á los ojos de Dios. Uno de los principales habitantes de la ciudad de Epifanía, ¹ en Siria, le llevó un trozo de madera de la India, de aroma muy suave pura que lo usase en el incensario. El Santo no lo quiso aceptar, y le dijo que lo usase en su casa; pero obstinándose el que se lo había llevado, recibió esta respuesta: « Dadme el incensario, para que se manifieste el poder de Dios. » Puso la madera aromática sobre los carbones encendidos, y en vez de suave perfume, exhaló un olor en extremo fétido, que infestó el monasterio, y se extendió á considerable distancia. « Confesad vuestras iniquidades, le dijo el Santo, y haced una sincera penitencia, para que el demonio no se apodese de vuestra alma, y seáis un objeto de execra-

¹ Hoy Hamay.

ción y desprecio para todo el mundo. » Espantado este desgraciado del prodigio y de la amenaza del Santo, declaró todos los pecados de que era culpable, y recibió consejos saludables para conducirse bien en adelante.

Vino también á visitarle el tesorero de la iglesia de Apamea acompañado de muchos de sus parientes y familiares, y el discípulo que estaba encargado de presentarle á los extranjeros se manifestó en extremo obsequioso, ya fuese, dice su historiador, por política, ya por amistad, ó bien por ignorancia. — « No prodigues tanto los elogios, dijo el Santo, pues decís lo que no sabéis. » — Léjos de recibir á este tesorero con las consideraciones que esperaba el discípulo, le tomó por los cabellos, y le dijo con tono de autoridad. « Espíritu impuro, que habitas en este hombre, declara ante todos los aquí congregados los crímenes á que le has arrastrado, para que reconozca que hay un Dios que ha criado el cielo y la tierra, y que desde las alturas de los cielos hace brillar su justicia sobre la tierra. » — Bien pronto se vió que hablaba el Santo movido por el mismo Dios, pues explicándose el demonio por la boca del tesorero, dijo con voz terrible: « Bien merecido tiene este castigo á causa de su idolatría, de sus sortilegios, de sus imposturas y de su impiedad. Él es el que me ha traído á este lugar, y sufro cruelmente al ver que han sido descubiertos los crímenes á que le he incitado. » — Todos los asistentes quedaron aterrorizados de oír al maligno espíritu, y sobre todo los padres del esorero, que, llenos de confusión, se postraron en tierra, prorumpiendo en gritos y lamentos del más vivo dolor. Conmovióse san Simeón, y mandó al demonio que callase. Entónces el tesorero, cuya inteligencia habia sido desvanecida por el maligno espíritu, volvió en sí, y sintiéndose oprimido por los remordimientos de conciencia, declaró públicamente todos los crímenes secretos de que se habia

hecho culpable, y que eran tan horribles, que Nicéforo Urano no se atrevió á consignarlos por escrito. Con esta humillante confesión mereció el tesorero ser reconciliado con Dios.

Por lo expuesto puede juzgarse de la eminente piedad de san Simeón y de todas las demás virtudes que le adornaban. Su fé aparece de sus prodigios, que demuestran igualmente el fervor de sus oraciones. Muy frecuentemente era arrojado en éxtasis sublimes, en los cuales le comunicaba Dios sus luces con tanta abundancia, que con ellas conocia los sucesos del porvenir y los más profundos secretos del corazón. Su caridad le constituía en padre y refugio de todos los afligidos, y ninguno de los que á él venían dejaba de alcanzar sus deseos, tanto en el alivio y curación de sus males, como en lo que á la salud de sus almas se refería. Sólomente se enardecía con celo ardiente contra los hipócritas, los herejes obstinados y los enemigos declarados de la Iglesia, y esto por el interés que se tomaba por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. A este fin exclusivamente dirigía todos los beneficios que dispensaba al prójimo, pues estaba penetrado de los terribles suplicios que están reservados á los pecadores en la otra vida, cuando hasta la muerte han abusado de las misericordias de Dios, sin pensar en su perdición eterna.

¿ Hasta donde llegó el rigor de su penitencia? A ella se entregó desde su más tierna infancia, y á medida que crecía en edad, aumentaba su rigor. Apenas dedicaba algunos momentos al sueño, y esto con gran pena, pues, como hemos visto, pidió al Señor que le librase de esta necesidad, y hubiera deseado no tener necesidad de alimento, pues miraba como tiempo perdido el que se dedicaba al cuerpo. Así es que todo su sustento consistía en un poco de miel silvestre y agua con algunas yerbas que nacían naturalmente en la montaña.